

Mauro Bonazzi

Sabiduría antigua para tiempos modernos

Traducción de Carmen Sáez Díaz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Con gli occhi dei Greci: Sagesza antica per tempi moderni*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2016 by Carocci editore, Roma
© de la traducción: Carmen Sáez Díaz, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-069-5
Depósito legal: M. 28.113-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción

- 13 1. El poema de la fuerza
- 20 2. Nostalgia
- 25 3. El complejo de Heráclito
- 32 4. El espectro de Antígona
- 40 5. Malos maestros
- 47 6. Tucídides entre los kurdos
- 54 7. La trampa de Pericles
- 60 8. Traiciones
- 67 9. Tres divagaciones semiserias
- 72 10. Actualidad del mito
- 77 11. Amor platónico
- 84 12. Alma mía
- 92 13. Filósofos al poder
- 99 14. La búsqueda de la felicidad
- 107 15. El carroñero
- 115 16. El paciente
- 119 17. Progreso
- 126 18. El nazismo y la Antigüedad
- 133 19. Herencias griegas

- 143 Obras de referencia

Introducción

Estamos convencidos de que vivimos tiempos interesantes, nuevos, originales. Así es en realidad. Pero esto es también una forma de protección para defendernos del temor a la insignificancia. ¿Cuál es el sentido de nuestra existencia? ¿Cuál es el sentido de los pocos o muchos años que viviremos –que siempre resultarán irrisorios respecto al tiempo que nos rodea– en un lugar tan pequeño o marginal respecto a la inmensidad del universo? ¿Qué hacemos aquí? Parecen problemas abstractos, pero expresan preocupaciones reales para quien, como nosotros, siempre está de paso. Sentirse parte de una época importante, que progresa hacia una meta, es un modo de protegernos de estas preguntas inquietantes. Lo cual no ayuda mucho, ya que lo que cuenta es lo que haremos de nosotros mismos. El tiempo en el que vivimos será emocionante

también, pero es a nosotros a quienes nos corresponde encontrar y dar un sentido a nuestras vidas. Platón escribió una vez que, en el fondo, los temas importantes de la filosofía son muy pocos. Y eso es válido también para la vida. De la felicidad al amor y a la muerte; de la justicia a la fuerza; la amistad: en realidad los verdaderos problemas son pocos; y siempre son los mismos de generación en generación, aunque con frecuencia no nos demos cuenta, ya que son las palabras para designarlos las que cambian. Pero así es: quizás no sería una mala idea escuchar otras voces distintas de aquellas a las que ya estamos acostumbrados. Por ejemplo, las de los griegos.

Podría resultar una observación banal, dado que una referencia al mundo antiguo parece siempre obligada cuando se tocan estos temas. ¿No se repite siempre que somos los hijos y herederos de Grecia? ¿Que es allí donde se encuentran nuestras raíces? Pero la memoria, tanto colectiva como individual, es selectiva, elige lo que quiere y a veces reconstruye lo que no existe. La idea clasicista de una Grecia marmórea y olímpica, serena y solemne, capaz de guiarnos desde lejos, es una ficción cultural. No existe esa Grecia eterna, la que hizo hablar a Ernest Renan de milagro cuando por primera vez vio el Partenón. Existen muchas Grecias, muchas formas distintas de posicionarse ante los problemas de la existencia, con frecuencia en desacuerdo, a veces desde la locura, a veces de forma genial, siempre interesantes. Por ejemplo, está la Grecia de los filósofos y la Grecia de los poetas, la de Pla-

tón y la de Homero; la primera, convencida de que la razón humana puede encontrar el sentido recóndito de las cosas detrás de la aparente confusión de los acontecimientos y de la vida; la segunda, más desencantada frente a una realidad que parece rehuir nuestra capacidad de comprensión, pronta a reconocer que el mundo no ha sido hecho para nosotros ni nosotros para el mundo, pero no por ello menos decidida a combatir para ayudarnos a encontrar nuestro camino. Y si esta última ha merecido los elogios de Friedrich Nietzsche o de Bernard Williams, la primera, por el contrario, ha encontrado un decidido e inesperado apoyo en Joseph Ratzinger. No se trata de tomar partido por una u otra, ya que son interesantes (no solo) las respuestas dadas, sino (y sobre todo) las preguntas planteadas. Como decía Aristóteles, si no se comprenden las preguntas, nunca se hallarán las respuestas justas: «Cuando se desea resolver una dificultad, conviene plantearla correctamente, pues el éxito posterior depende de que se deshaga la dificultad anterior, y no se puede deshacer un nudo que no se conoce», y la dificultad que el pensamiento encuentra al tratar de un asunto ayuda, precisamente, a ver los nudos que se encuentran en las cosas (*Metafísica* 994b, 27-31). Solo así aprenderemos a enfrentarnos a la complejidad que nos rodea. Por ello, aún hoy día vale la pena que nos situemos ante el espectáculo del mundo con los ojos de los griegos, para ver las cosas desde ángulos diferentes, desde perspectivas inesperadas, descubriendo que son distintas a lo que pensábamos,

metiéndonos por caminos diferentes, sin prisa por llegar rápidamente a alguna parte. Y ya cada uno, más tarde, hará su elección.

Este volumen recoge, en una versión modificada, ensayos y artículos publicados en *La Lettura*, *Il Corriere della Sera* e *Il Mulino*. Con frecuencia, por cierto, la inspiración de estos textos nace de conversaciones y discusiones con Antonio Carioti y Gianpaolo Tucci, a quienes debo dar las gracias, junto a Gianluca Mori, que me telefoneó una mañana de julio para darme la idea del libro. Igualmente valiosos han sido los consejos, la disponibilidad y los comentarios de Fernanda Caizzi, Filippo Forcignanò, Walter Lapini, Antonio y Marta Rutigliano y Mario Ricciardi. A los que les doy las gracias igualmente.

1. El poema de la fuerza

*Como las hojas y las flores que
brotan en primavera.*

*Así celebraron los funerales de
Héctor, domador de caballos.*

Homero

¡Que la fuerza te acompañe! El lado oscuro y la potencia de la luz. Debes enfrentarte a las tinieblas de tu interior, despertar la conciencia de las partículas de luz que se esconden en la oscuridad: solo así emprenderás el camino de la salvación y de la victoria. *Star Wars*, pensarán algunos. En realidad es el maniqueísmo, una religión surgida en tiempos del Imperio romano, que concebía toda la realidad como una lucha perenne entre dos principios opuestos, el del bien y el del mal, el del espíritu y el de la materia. Es un tipo de pensamiento más generalizado de lo que se cree. El mundo que nos rodea es complejo, tan enigmático que a veces resulta incomprensible. Dividir entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, es una tentación fascinante, la solución a muchas incertidumbres y dudas. Funciona bien en po-

lítica, donde cada vez con mayor frecuencia se plantea la oposición entre buenos y malos, los corruptos (que son los otros, y que son muchos) y los honestos (que somos nosotros, y que somos pocos). América necesita un John Wayne, ha tronado Donald Trump. Llegan los nuestros, los malos están avisados. También en Italia se habla cada vez menos de programas e ideas, el imperativo es la pureza. El poder oscuro de la corrupción corrompe, todo está a punto de derrumbarse, demasiados han cedido ya. Pero si resistes a la fascinación de las tinieblas, conservando incólume en tu interior la pureza, no todo estará perdido. La casta golpea de nuevo: que la fuerza te acompañe.

Sobre la fuerza, sobre el bien y el mal, los eternos problemas de la existencia humana, reflexionaron también Simone Weil y Rachel Bernaloff en 1941, mientras a su alrededor se expandían los ejércitos nazis –los de verdad, mucho más tenebrosos que sus imitaciones cinematográficas–. Y lo hacían leyendo y rele- yendo un antiguo poema que hablaba de una guerra entre griegos y troyanos, y de un combate entre dos héroes: Héctor y Aquiles. *La Iliada*. Historias remotas pero, en realidad, actualísimas, ya que la guerra, la violencia, la fuerza tienen una presencia recurrente en el mundo de los hombres. Nada nuevo bajo el sol respecto al lejano futuro de *Star Wars*: que el mundo de los hombres gira en torno a la fuerza ya lo había explicado Homero. Sin embargo, sus cantos resisten a las simplificaciones de «nosotros contra ellos» que tanto éxito tienen hoy día; desvelan una realidad distinta

acerca de las cosas humanas, más complicada, menos tranquilizadora, pero quizás más real.

Porque en Homero aparece la fuerza, pero ninguna fascinación. No hay nada que descubrir, sólo la ilusión de quien cree saber controlar la fuerza e inevitablemente es arrollado por ella. En el poema todos presumen de estar al lado de lo justo y se consideran legitimados para imponer su propia voluntad. Pero el resultado siempre es distinto de lo esperado y, las consecuencias, dolorosas. Agamenón, que cree poder doblegar a Aquiles y asiste a la derrota de su ejército; Aquiles, que por humillar a Agamenón provoca la muerte de su mejor amigo; Patroclo y Héctor, que no saben detenerse en el momento justo y pagan con sus vidas. La fuerza embriaga a quien cree poseerla, pero nadie la posee realmente. Ares, la guerra, es imparcial, «y también mata a quien busca dar muerte». Vencedores y vencidos se asemejan. La fuerza es una ilusión.

Es un hecho conocido que se repetirá continuamente en la historia humana. Homero la canta con infinita piedad e implicación. Hace bien, pues estos héroes siempre excesivos –que comen como jabalíes, matan despiadadamente, lloran como fuentes, se pelean como niños, mandan sobre ejércitos inmensos– son como nosotros: como nosotros se enfrentan a situaciones difíciles, luchan, se preocupan por sus seres queridos, se indignan por las injusticias. Griegos o troyanos son hombres que sufren y combaten: a veces ganan y a veces pierden obedeciendo a sus pasiones, expuestos a las contradicciones de la existencia. Yerran porque vi-

ven. «La *Iliada*: el poema de la fuerza» (este es el título del ensayo de Simone Weil) es una reflexión sobre esa mezcla de grandeza y miseria que es el hombre.

De este modo, sin juzgar, Homero imparte su lección. Razones e intereses, deseos e ideas se mezclan continuamente hasta llegar a ser indistinguibles. Ambos, Aquiles y Agamenón, tenían razón, y ambos erraban a su vez. La tentación, demasiado humana, es la de enrocarse en las propias convicciones, rechazando cualquier acuerdo, eligiendo la vía del enfrentamiento. Pero la fuerza no resuelve nada, es un poder que embriaga y pierde. Disponer la realidad en términos de una oposición maniquea entre la luz y las tinieblas no sirve para aclararnos la complejidad; casi nunca distinguir entre buenos y malos ayuda a tomar las decisiones correctas. Como tantos hombres de nuestros días, también los héroes homéricos son demasiado frágiles e inseguros como para comprender que la verdadera fuerza está en el compromiso. Compromiso: «una palabra que hiede», escribió Amos Oz, experto en la materia debido a su implicación en el proceso de paz de Oriente Medio y también en un matrimonio que duró cuarenta y ocho años. El compromiso es el preludio de soluciones posibles, dolorosas (pues «un compromiso feliz no existe»), pero probablemente eficaces. Sin ánimo de ofender a quienes en Italia gritan «pactismo» cada vez que alguien osa proponer un pacto¹, «el compromiso es sínó-

1. El autor utiliza el término napolitano italianizado *inciucio* [en napolitano es *'nciucio*], que significa 'cotillear, generalmente en voz baja',

nimo de vida». No piensa de forma diferente Néstor al intentar reconciliar a Aquiles con Agamenón. Antes de que estallen los conflictos, ¿no sería mejor comprobar si pueden desactivarse?

Aún nos encontramos en la superficie. Para entender el mensaje más profundo de la *Ilíada* es preciso seguir las vicisitudes de Aquiles, el héroe más grande, más bello, más poderoso. Estas virtudes, que tanto gustaban en la Alemania nazi, en realidad cuentan muy poco. Lo que distingue a Aquiles es la lucidez con la que se enfrenta al agujero negro de la *Ilíada*, lo que más angustia la vida de los hombres. El corazón del poema no es la fuerza, ni siquiera el conflicto: es la muerte.

La guerra de Troya duró diez años; el relato de la *Ilíada* cubre una cincuentena de días. Pero todo se decide en los dos o tres días siguientes a la muerte de Patroclo, cuando Aquiles renuncia a todo para ponerse a buscar el sentido último de las cosas, para enfrentarse al absurdo de la condición humana. De repente la muerte se revela como lo que es: un escándalo que priva de cualquier valor a la existencia de los hombres, la de cualquier ser humano individual y la de la humanidad en su conjunto. Criaturas efímeras que un día aparecen y un día desaparecerán, reabsorbidas en un proceso de perenne

pero su sentido se ha extendido a ‘pactar a escondidas’, llegar a acuerdos «en voz baja» entre facciones opuestas, a compromisos y apoyos incluso turbios en el reparto de poder; puede traducirse por «pactismo». (*N. de la T.*)

transformación. «Como el linaje de las hojas, así es también el de los hombres.» ¿Qué sentido tiene todo esto?

Ninguno, es la respuesta de Aquiles, una furia devastadora que no tiene ya nada de humano. Si nada tiene sentido, todo debe ser destruido. Dan ganas de definir a Aquiles como el primer nihilista. Realmente el lado oscuro de Darth Vader, con su pequeña ambición de dominar el universo, palidece ante tanto radicalismo. El poema entra en una dimensión onírica, se transforma en una pesadilla. Aquiles mata a todo aquel que se cruza en su camino; combate con un río que se ha desbordado por el exceso de cadáveres, maltrata el cuerpo de Héctor.

Pero llegado al fondo de la desesperación, Aquiles comprende. En su tienda aparece Príamo, rey de Troya, el padre de Héctor. Suplica al asesino de su hijo que le devuelva el cadáver para poder así sepultarlo. Ante semejante gesto, Aquiles alcanza una nueva conciencia de la condición humana. Una ceremonia fúnebre es el intento de dar sentido y valor humano al feo hecho de un cuerpo que se descompone. Esto es lo que quiere Príamo, y por fin Aquiles aprende a aceptar su condición de ser mortal. El mundo que nos rodea probablemente no tenga sentido, es un mecanismo ciego que lo engloba y lo destruye todo. Los hombres no derrotarán a la muerte. Pero pueden, a pesar de todo, conferir un valor humano a su vida. Construir. Es la eterna batalla entre naturaleza y cultura. Aquiles y Príamo lloran juntos; se miran, se admiran: reconocen el uno en el otro al padre lejano y al

hijo perdido. Se descubren hombres en un mundo indiferente. Es difícil imaginar una escena más intensa. Reconocerse hombres entre los hombres, aprender a estar juntos.

El poema se acerca a su final. Aquiles concede una tregua por los funerales. Después la guerra se reanudará: es inútil hacerse ilusiones, así son las cosas entre los hombres. Pero el poeta de la fuerza ha demostrado también algo más. «Lo que exalta Homero no es el triunfo de la fuerza victoriosa, sino la energía humana en la desgracia»: esa es, en palabras de Rachel Bespaloff, la última lección del poeta. En un rincón de la tienda, a los pies de Aquiles, está su nuevo escudo, hermosísimo: en el borde campea un río que corre impetuoso; en medio hay una ciudad, se celebra un matrimonio, los jóvenes bailan.

2. Nostalgia

*Mi viaje
ha sido siempre un quedarse
aquí, donde nunca estuve.*

Giorgio Caproni

Nostalgia: una palabra griega (*nostos* es el regreso y *algos* el dolor: es el dolor del regreso) inventada en 1678 por un médico, un tal Jean-Jacques Harder, para describir el sufrimiento de los soldados suizos cuando permanecían demasiado tiempo lejos de sus campos. Un sentido de carencia lacerante que puede volver loco, como en el caso de una campesina que había dejado de comer, repitiendo obsesivamente «Ich will Heim, ich will Heim», «¡Quiero volver a casa!». Y un problema militar, porque los soldados desertaban nada más escuchar el *Ranz des vaches*, el canto de los pastores de los Alpes: finalmente se amenazó con la pena de muerte a quien lo tocara entre las tropas.

Sufrido con tanta intensidad por los suizos, el *morbus helveticus* no era exclusivamente de ellos. El lector (italiano) enseguida piensa en Dante: «Era la hora en

que añora el marinero / el adiós a los seres que más quiere, / enternecido, y el novel viajero / se llena de nostalgia, cuando hiere / la esquila el aire, con su son lejano, / cual si llorara al día que se muere.» Difícilmente podría representarse mejor la mezcla de dolor y dulzura que provoca la nostalgia, la cual se extiende indefinidamente hacia lo lejano, quizás lo perdido. Remontándonos en el tiempo, llegamos a la *Odisea*, el poema del retorno diferido: Ulises no lo sabe, ya que le faltaba precisamente la palabra, pero él es el héroe de la nostalgia. La literatura y el pensamiento europeo nacen bajo el signo de este sentimiento y se definen gracias a él: así lo sostiene Barbara Cassin en un reciente ensayo. Ya lo había observado Milan Kundera: «Europeo: aquel que tiene nostalgia de Europa».

¿Pero a qué se quiere volver? A casa, en efecto, a la «querida patria», se lee en la *Odisea*. Pero no se trata solo de eso. Ulises había esperado siete largos años en la isla encantada de Calipso, «a orillas del aullante mar», «suspirando por el retorno». Había renunciado a una mujer bellísima, a la inmortalidad, quizás a la felicidad, para regresar. Pero cuando más tarde recuperó a su amada Ítaca tras haber matado a los pretendientes, cuando por fin volvió a abrazar a Telémaco y a Penélope, la nostalgia seguía ahí. Ulises volvió a partir enseguida. Por lo demás, también los soldados suizos después volvían a partir. Entonces, ¿cuándo estamos realmente en casa?

La nostalgia es un sentimiento huidizo, ambiguo: puede ser concreta como un prado, pero después busca

más, anhela algo indefinido, indeterminado, que quizás no existe pero cuya ausencia se siente. «La nostalgia es el sufrimiento de la ignorancia»: de nuevo es Kunderra el que escribe, y sabe de lo que habla. Como en el cuadro de Giorgio De Chirico *El retorno de Ulises (Il ritorno di Ulisse)*: se ve una habitación y, en medio, una alfombra que es un mar, surcado por una barquita, y en la barquita Ulises rema concienzudamente, siempre en círculo, sobre la alfombra. Pero ¿se dará cuenta de que la puerta de la habitación está abierta? Quién sabe adónde le conduciría ese barco.

Exiliada primero en Francia y después en Estados Unidos, también Hannah Arendt se preguntó por la condición impalpable de la nostalgia. Con una respuesta sorprendente solo en apariencia. La casa no es la patria, lo es la lengua: «¿La Europa anterior a Hitler? No puedo decir que no tenga nostalgia de ella. ¿Qué es lo que queda de ella? Queda la lengua». Con demasiada frecuencia se olvida que las palabras cuentan, ya que son el único instrumento del que disponemos para poner orden en la realidad y para encontrar el sentido y el valor en las cosas y en nosotros mismos. Y es gracias a las palabras como logramos expresar lo que somos y lo que sentimos. Si la nostalgia es el deseo de encontrar aquello de lo que provenimos, no es necesario entonces seguir a Ulises más allá de las Columnas de Hércules. El viaje, como en el cuadro de De Chirico, puede realizarse incluso entre las paredes de una habitación: es un viaje a la memoria, a las pala-

bras, a los discursos que nos han formado –todas cosas reales, reales como solo puede serlo la lengua–. Porque (la cita de Ludwig Wittgenstein resulta obligada) «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo». Lo saben bien los prófugos, los de ayer que huían del nazismo y los de hoy que huyen de dictaduras no menos bestiales, arrojados no sólo de un país a otro, sino de una lengua a otra; seres balbucientes, casi incapaces de expresar lo que son. El mundo vacila cuando la lengua vacila.

La nostalgia de Hannah Arendt roza la paradoja: si lo que cuenta es la lengua, nos podemos encontrar en el exilio, podemos sufrir la nostalgia incluso estando en nuestro propio país. Como le sucedió al filólogo Victor Klemperer mientras a su alrededor el nazismo se apropiaba de la lengua alemana y la distorsionaba para predicar el nuevo Verbo. *LTI, Lingua Tertii Imperii* (la lengua del Tercer Reich) es el diario de este nuevo Ulises («tengo la impresión de encontrarme como Ulises ante Polifemo: “A ti te devoraré el último”») que registra pacientemente el modo en que la creación del nuevo mundo pasaba por la deformación de las palabras. «El nazismo se introducía en la carne y en la sangre de las masas a través de palabras aisladas, de expresiones, de formas sintácticas que imponía repitiéndolas millones de veces»; «muchas palabras del habla nazi deberían ser enterradas por mucho tiempo –algunas para siempre– en una fosa común».

De un modo menos dramático, también hoy día pueden producirse experiencias análogas cuando en

los discursos prevalecen los lugares comunes, las frases hechas o los *clichés* (una palabra omnipresente en los textos de Arendt) que ahogan cualquier posibilidad de autenticidad en un mar de banalidad. «Nos convertimos en lo que hablamos», escribía Günther Anders. Así pues, si queremos liberarnos de los conformismos y los fáciles entumecimientos que entontecen a todos aquellos que se jactan de haber llegado, la nostalgia es un sentimiento que conviene cultivar. En el fondo, la nostalgia no es de los lugares, sino de nosotros mismos: de lo que somos, de lo que pensamos que hemos sido y de lo que deseáramos ser. Es en busca de sí mismo que Ulises vuelve a partir.

3. El complejo de Heráclito

Fluir es la mayor de las venturas.

Eugenio Montale, *Huesos de sepia*

Hay escritores que deben su fama a una frase brillante. La ironía, en el caso de Heráclito, es que la frase no carece de sentido, pero le ha valido para pasar a la historia por algo que nunca escribió. *Panta rhei*, «Todo fluye», no lo dijo él. Intentos de aclarar el pensamiento de Heráclito no faltan, de Hegel a Popper, a Heidegger y muchos más. «Sabes que todo cambia, nada puede detenerse [...] mientras que pasa inadvertido el auténtico sentido de la vida», cantaba Franco Battiato, quien, de todos, quizás haya sido el que mejor lo ha entendido.

Una pasión de Heráclito, quizás una obsesión, han sido los ríos: «A quienes penetran en los mismos ríos aguas diferentes les corren por encima». Este aforismo expresa un pensamiento más interesante que el simple «Todo fluye», que en el fondo es una idea ba-